

LA OTRA MIRADA: EL NORTE VISTO DESDE EL SUR (UNA PERSPECTIVA AFRICANA)

Sea el propio Sur quien tome la palabra para hablar de sí mismo con carácter testimonial denunciando además la visión complaciente que de nosotros mismos tenemos.

Por Enrique Javier Rosich

PRIMERA PARTE

La primera impresión que tuve al preparar estas ponencias fue que el título era bastante pretencioso: "La otra mirada: el Norte visto desde el Sur". ¿Cómo abarcar a todo el Sur, o sea, el 75% de la humanidad, en una sola mirada?. Si algo se aprende viajando y atravesando fronteras es a admirarse de la diversidad de colores y matices...Luego, pensé que el esfuerzo sería posible si me ceñía a ésa parte del Sur que conozco y que amo. Por lo tanto, hablaré desde allí, desde Africa, y para ser más exacto, desde el Africa subsahariana.

Antes de empezar, partamos de un hecho: ustedes y yo hemos nacido en el Norte. Eso significa que todos comeremos hoy, mañana y pasado mañana...y que vemos eso como algo "normal". Significa que si caemos enfermos ahora no faltarán hospitales, médicos y especialistas para tratarnos y evitar que muramos antes de los setenta años. Significa que si viajamos a Burgos, por ejemplo, podemos escoger entre el coche particular, el alquilado, con o sin conductor, el autobús, refrigerado y con vídeo, el tren, etc. Hasta aquí todos estaremos de acuerdo, me imagino. Pues ahora les invito a dar un salto y a colocarnos al otro lado: en el Sur.

Vayamos a Chad, por ejemplo. Allí comer hoy no quiere decir que podamos hacerlo mañana. Si nos sorprende la enfermedad, es bueno que sepamos que el primer hospital está a 170 kilómetros y que sólo hay un médico, lo cual posiblemente no será muy tranquilizador... Si queremos desplazarnos, deberemos hacerlo a pie, o, a lo sumo, en una carreta tirada por bueyes. Ya se habrán dado cuenta del cambio. Pues es desde aquí desde donde miraremos al Norte.

La aventura, tal vez, no será cómoda: es muy posible que lo que percibamos no sea ya lo mismo, como el que se cambia de gafas y lo ve todo de otro color y en otras dimensiones.

Puede que alguien se pregunte: ¿Quién será el que nos hace esta propuesta de irnos al Sur para conocer mejor el Norte? Soy una persona que he tenido la suerte de vivir en el Sur y de ponerme a la escuela de los pobres. En muchos pueblos de Africa cuando alguna persona debe comunicar un mensaje importante no lo hace directamente, sino valiéndose de un intermediario. Así, se subraya el valor de lo que se intenta transmitir. Pueden tomarme pues, como un simple mediador que quiere transmitir un mensaje recibido. Lo que haré será compartir con ustedes algo de lo que he vivido y aprendido en el Sur. Tal vez, por eso, lo que les diga sea importante para todos.

1. EL NORTE: COMO UN BRUJO AGRESOR.

Una primera forma de mirar al Norte desde el Sur nos la puede ofrecer una etnia del suroeste de Camerún.

Los ancianos "duala" todavía recuerdan hoy la irrupción de occidente: cierto día una corbeta inglesa penetró en el estuario del río Wuri. Los habitantes del poblado nunca habían visto una piragua tan grande... A modo de saludo, los recién llegados dispararon un cañonazo sobre la zona de Akwa destruyendo algunas casas. Los habitantes no salían de su estupor: tampoco habían visto un fusil de tal calibre. ¿Quiénes eran los que se acercaban? ¿Por qué utilizaban toda su fuerza para destruirlos? ¿Cómo habían podido fabricar unos chismes tan desmesurados? ¿Por qué los duala no habían podido fabricarlos?.

La respuesta para los duala está clara: hay un secreto misterioso en los blancos que les proporciona esa fuerza contra los africanos. La realidad, según ellos, se compone de dos partes: el mundo de lo aparente ("mundo del día") y la parte oculta ("mundo de la noche"). Lo aparente es aquello que ocurre a los ojos de todos: hay gente sana y enferma, mujeres que dan a luz mientras otras son estériles, el rayo cae en aquella casa y no aquí, un día la red se llena de peces y otro se vuelve de la pesca con ellas vacías... Pero lo que todos ven no es todo lo que pasa. Existe también la cara oculta de la realidad: ese lugar donde se enfrentan las fuerzas que mueven al mundo y que forman redes complejas cuyas influencias pueden provocar la irrupción de un acontecimiento inesperado del otro lado, del lado de lo aparente.

Los duala saben, por ejemplo, que la serpiente que ha picado a Muni es peligrosa, también saben que la niña había puesto su pie sobre el reptil sin fijarse demasiado. Hasta aquí llega la esfera de lo aparente. Pronto empiezan las preguntas que tratan de ir más allá del mundo del día: ¿Por qué la serpiente y el pie de Muni se encontraron en el mismo sitio y a la misma hora? ¿Quién es el responsable de aquello? Las causas verdaderas de los acontecimientos pueden llegar a conocerse, para descubrirlas basta con atravesar la frontera que separa el mundo del día del mundo de la noche. Pero, ¿quién podrá hacerlo? pues lo real es tenebroso para aquellos

que no poseen los "ojos para ver" el mundo de la noche. Para atravesar esas tinieblas es preciso tener cuatro ojos. Los que poseen esta cualidad son de dos clases: los videntes/curanderos, que ponen su capacidad al servicio de la sociedad para interpretar, discernir las causas profundas de los acontecimientos, para curar, etc.'. Luego, están los brujos, que utilizan sus conocimientos y poderes contra la gente para matar. Los primeros ayudan a desenmascarar a los segundos.

Según esta visión de la realidad, ¿cómo percibieron los duala a los blancos? La esfera de lo aparente les mostró algo evidente: los europeos son "superiores" a ellos, pues el cañón es más contundente que una flecha. A partir de aquí, surge la pregunta que intenta llegar al lado oculto de lo que ocurrió. ¿Cuál es la fuerza escondida que da el poder a los blancos? Con la ayuda de los videntes se buscarán respuestas: "Los blancos son como brujos, pues utilizan su fuerza para matarnos". Los europeos, como los brujos, serían colocados del lado del mal, de la destrucción, del desequilibrio de la vida cotidiana.

Siguiendo este tipo de reflexión, los "bambara" del Malí llaman a los brujos: "suba"(la gran noche), es como llamarles la oscuridad más absoluta. Las maneras de actuar del blanco, como las del brujo, son sorprendentes, y muchas veces, aniquiladoras para los africanos. Es muy revelador acercarse a la sabiduría popular y descubrir la misma sospecha en los proverbios. Los "amhara" de Etiopía dicen: "antes mordido por una serpiente que lamido por un blanco", y en Tanzania, los "wachagga" insisten: "un blanco es como un rayo (símbolo de la desgracia) nunca se sabe cuándo va a caer". Los blancos serían, como los brujos, una especie de amenaza constante a punto de desencadenarse.

¿Cómo explicar el deseo destructor de los europeos? De nuevo la identificación con los brujos nos da la clave. En efecto, el brujo agresor puede sentir una carencia apremiante, pues según los bambara le falta un elemento constitutivo de la persona, su "dya" o doble. Es pues para colmar el vacío de su imperfección por lo que se dedica a perseguir a las personas para robar o devorar sus "dya". Pero también puede sentir una fuerza desbordante y busca liberarse agresivamente de ella. En los dos casos, la carencia o el exceso del brujo se manifiesta por la debilidad y el decaimiento de las víctimas².

El encuentro de Europa con Africa no fue un contacto pacífico, sino un choque explosivo. Los africanos hicieron la experiencia de sentirse cada vez más disminuidos a raíz de la llegada de los blancos. La situación de crisis total se manifestó a todos los niveles, "desde el punto de vista psicológico se observaron fenómenos

1 Para éste asunto Cfr.E. DE ROSNY, *Les yeux de ma ch'Avre. Sur les pas des maitres de la nuit en pays Duala (Camerun)*, París, Plon, 1981.

2 Cfr.D.ZAHAN, *Espiritualidad y pensamiento africanos*, Madrid, Cristiandad, 1980, pp. 164-183, y L.V. THOMAS et R. LUNEAU, *La terre africaine et ses religions. Traditions et Changements*, París, Larousse, 1975, pp. 77-93.

significativos como la tensión psíquica, la depresión y la desmoralización, la inercia, el autoaislamiento, la tanatomanía. Desde el punto de vista social, la quiebra de los valores, de las relaciones tradicionales y de las jerarquías, la corrupción de las costumbres morales y sexuales. Desde el punto de vista religioso, la desconfianza hacia la religión tradicional³. ¿Cómo no detectar en una situación semejante la acción agresora y continua del brujo del Norte?

Si algún día, por arte de magia, los africanos pudieran construir sus propias fábricas metalúrgicas con su propio dinero, los occidentales habríamos despilfarrado ya sus mejores reservas de minerales. Francia posee en el subsuelo lorenés más de mil millones de toneladas de mineta, mineral de hierro de bajo contenido. Se cerraron los pozos, liquidaron el material y pusieron a los mineros en el paro. Como se trataba de tener mineral al mejor precio, por competitividad, fueron a buscarlo a Zuerat (Mauritania) con aviones militares. El precio que se le paga a este país es tan ridículo que no le permite siquiera desarrollar su agricultura en pleno hundimiento⁴.

¿Cómo interpretar desde el Sur este vaciamiento del mundo africano, de sus riquezas, de sus valores frente a un occidente cada vez más poderoso y absorbente? ¿Cómo no detectar en una situación semejante la agresión continua del brujo del Norte de "devorará" a distancia?

2. EL NORTE: ¿PAIS DE JAUJA?

Es bastante conocida la anécdota de aquel europeo que se encontró con un africano que estaba pescando. Utilizaba una caña y pescaba los peces de uno en uno. El blanco para "ayudarlo" le explicó los métodos modernos de pesca. ¿Cómo no veía la conveniencia de utilizar redes y barcos motorizados? ¿Cómo no comprendía la utilidad de construir almacenes y frigoríficos donde almacenar la pesca?. En efecto, el africano miraba al europeo sin entender el provecho que podía existir en almacenar más pescado del que se necesita para vivir. Por eso preguntó: ¿y para qué tanto coger pescado si luego se guarda?. Pues para ganar mucho dinero, progresar, comprar más barcos y fundar almacenes conserveros en todo el país, respondió el europeo. ¿Y luego?, volvió a la carga el pescador. Luego, cuando seas un gran empresario, rico, cuando hayas vencido a tus competidores, entonces podrás dedicarte a descansar, a encontrar a tus amigos... Pues mira, respondió el africano, eso que podría hacer sólo al final según tu propuesta, es lo que yo suelo hacer cada día cuando he llenado mi cesta.

Son distintas maneras de entender la vida. Es como la historia de los dos herma-

3 V. LANTERNARI, Occidente y tercer mundo, Madrid, siglo XXI, 1974, p.72.

4 Cfr. R. DUMONT, En favor de Africa, yo acuso, Madrid, Jucar, 1989, p. 374.

nos que cuentan en Gabón: "Dios tenía dos hijos. El mayor era negro y el pequeño blanco. El padre reunió a sus hijos con sus familias y les dijo: "Aquí tenéis dos tipos de hacha, una de piedra y la otra de metal. Escoged la que os convenga". El hijo mayor escogió las hachas de piedra porque pesaban menos y el pequeño se tuvo que contentar con las que quedaron. Entonces, el padre volvió a decir: "Voy a daros otra oportunidad para ver si mi primogénito puede vencer. Mañana, de madrugada, intentareis atravesar el río que sirve de frontera a nuestro país y ya veremos quién lo conseguirá".

El hijo mayor cantó y bailó toda la noche, mientras el benjamín recorrió toda la orilla buscando un árbol que le sirviera para cruzar el río. "Los blancos piensan de noche lo que harán al día siguiente", dice el proverbio. Cuando llegó el alba el hijo menor cortó un grueso tronco que le sirvió para pasar a la otra orilla, mientras el primogénito dormía a pierna suelta el cansancio acumulado durante la noche.

El benjamín fue lejos, a otros países, mientras el mayor se quedó junto a su padre. Mucho después, el blanco volvió con muchos barcos cargados de riquezas y lo compartió todo con su hermano, como es lógico".

En el relato no se da ningún juicio de valor. No se dice que el blanco es mejor persona porque es más productivo, como tampoco se condena su manera de vivir. Se constata simplemente que el blanco y el negro reaccionan de forma distinta. En cada circunstancia hay que escoger: o te quedas junto al padre, o bien dejas la familia para buscar aventuras; o bailas, o bien haces planes sobre lo que harás después. Alguien podrá programar la manera de enriquecerse, pero será a costa de renunciar a la alegría de vivir el presente⁵.

Los europeos se imaginan, con cierta ingenuidad, que es excelente para los africanos acercarse a la "madre patria" para que puedan ver trabajar a los blancos en los campos, en las fábricas y en las calles. Creen que de esta forma comprenderán lo fundamental del estilo europeo de vivir: para conseguir riqueza y el nivel de vida del Norte hace falta un esfuerzo continuo y arduo. Ni se imaginan que los africanos se quedarían muy decepcionados ante el espectáculo que se ofrecería a sus ojos y, posiblemente, dirían para sus adentros: "¿Así que este es el precio que hay que pagar para tener vuestras cosas?. No, gracias, no vale la pena"⁶.

Un sentimiento parecido sintió el burundés Michel Kayoya cuando se sintió "perdido" en el mundo de los blancos. Cierta día, un belga le preguntó qué era lo que más le impresionaba de occidente, a lo que respondió:

5 Cfr. R. BUREAU, Peril blanc. Propos d'un ethnologue sur l'Occident, París, L'Harmattan, 1978, pp. 59-61.

6 Ibid. p. 96.

No son vuestras carreteras ni vuestras casas.
Los edificios me dejan pensativo,
me recuerdan siempre la miseria, la deshumanización
que he visto en muchos de sus habitantes.
La soledad, el aislamiento
es para mí un horror.
Las fábricas,
la técnica,
el hormigón...
no, no sirven al hombre lo suficiente.

Entonces, ¿qué era lo que más me impresionaba? ¿todo lo que veía? ¡Ah, no!
No todo me impresionaba. Muchas cosas me habían desagradado. Las riquezas de Occidente me habían dejado frío. Tantos "montones" de riqueza no me conmovían.

Yo miraba mucho. Me miraban. Me preocupaban otras cosas. Pero... ¿qué debo responder a este hombre sentado junto a mí? No me salía la respuesta. Sin embargo, conozco Occidente. Lo he recorrido en todas las direcciones para ver lo que esconde. Mis dos ojos siempre estaban abiertos.

¡Yo he visto Occidente!
Vi a un hombre que con un hacha partía leña.
¡Con qué ardor lo hacía!
¡Ese hombre era blanco!

Me acerqué para comprobar si era blanco. Vi a una mujer limpiar el parque con un trapo. ¡Anda! ¡Era una mujer blanca, una dama! (...) Quería decirle todo esto a mi interlocutor. Un ligero sudor perlaba mi frente. ¿Qué debía decir?.

Un día me emocioné.
Atenas,
Londres,
Rotterdam,
Munich,
París.

¡Tanta riqueza apenas utilizada! ¡tanta tienda siempre llena, al tiempo que el hambre siega poblaciones enteras! ¡Si, eso me emocionó profundamente!

¡Tanta energía humana sin explotar!
¡Tanta capacidad humana en paro!

Es triste ver tanto médico que, falto de clientes, no trabaja en todo el día, mientras que, al otro lado, seres humanos perecen por falta de médicos.

¡Tanto capital desperdiciado,
cuidando perros y gatos, modas, tabaco...!
Eso me impresionó y me afligió profundamente.

...Sin embargo esto me causa aún mayor impresión: el hombre. Siempre he creído que ellos (los blancos) y nosotros éramos del mismo barro. Esa humanidad corroída por los vicios y coronada por las virtudes. Eso es lo que me ha asombrado. Es eso lo que me ha impresionado desde que puse el pie en el suelo ancestral del hombre blanco.

En su terreno, el hombre blanco se muestra como un hombre
En cuanto sale de él, es espantoso, analiza, espía,
observa, clasifica y define.
Se apropia, conquista y domina.

Una sonrisa calculada pasaba por mis labios para ocultar mis sueños. El hombre sentado frente a mí no había cesado de mirarme desde su pregunta. Yo me apresuraba a responder. ¿Quería aprender él de mí? ¿Qué tenía yo de nuevo para poder enseñarle? Ciertamente nada, pues él lo sabe todo.

¡Qué generoso es el hombre blanco!
Tiene el don de dar.
Puede darlo todo,
dinero, técnica, amor,
sus fuerzas, sus fatigas, su vida...
para no tener que recibir nada
que no venga de sí mismo:
su experiencia, su satisfacción, su ciencia,
— y si tiene fe — su vida eterna.

Yo buscaba apresuradamente una respuesta. ¿Iba a decirle todo lo que había pensado? ¡Ni soñarlo!. Preparé pues una respuesta cualquiera, de compromiso. "Tienen ustedes un país magnífico", comencé, "parece tranquilo y seguro. La gente de por aquí es muy amable. Aunque sea húmedo, el frío favorece el trabajo". Me detuve. Me pareció que él se sentía adulado".

El Norte está convencido de que lo sabe todo. Está seguro de que su modelo de vida es maravilloso y válido para cualquier habitante de la tierra. Tal vez, por eso lo impone a otros pueblos creyendo que así vivirán mejor: se trata de consumir y acumular sea lo que sea, hasta alimentos sofisticados para perros, como nos recordaba Kayoya.

La forma de vida del Norte provoca sufrimiento y muerte. Quizás eso explica ciertas resistencias a acoger el estilo occidental entre los africanos. Intentos que pueden llegar, en ocasiones, a ser radicales como veremos⁸.

Un costamarfillense cuenta su punto de vista así: "En otro tiempo, en vuestros pueblos de Europa tampoco había edificios altos. Un día, alguien más ambicioso que los demás y que había ahorrado algún dinero decidió añadir un piso a su casa. Sus vecinos tuvieron envidia y dijeron: ¿pero quién se ha creído este que es para ponerse por encima de nosotros? Entonces, los vecinos decidieron añadir dos pisos a sus casas. Más lejos, otros envidiosos levantaron tres pisos... Y así fue como los pueblos se convirtieron en ciudades que no acaban nunca de subir al cielo. En nuestra tierra es algo parecido. Cuando un hombre más ambicioso que los demás ahorra algo de dinero y compra cemento, adobes y chapas de zinc ondulado para hacer una casa de un piso, los vecinos se ponen contra él y dicen: ¿pero quién se ha creído éste que es para ponerse por encima de nosotros?. Pero a partir de aquí, lo que sigue no es igual que en Europa: nosotros impedimos que este hombre vaya a vivir en su nueva casa"⁹.

Este africano pone el dedo en la llaga, o si se prefiere, pone unos granos de arena en el engranaje de la maquinaria occidental. A partir de la envidia de poseer lo que el otro tiene se pasa al deseo de imitarle, de éste al querer hacerlo todavía mejor que el otro, luego se acaba en esa lucha de la competencia que, en muchos casos, aporta la destrucción. Para evitar esa muerte social, los africanos toman una medida preventiva: vale más acabar con la ambición aplastando el proceso que conduciría a lo que ya conocemos, antes de permitir que la envidia se extienda por doquier¹⁰.

Los africanos aprenden desde niños que no es bueno provocar la envidia del grupo. Como aquellos niños que en sus juegos habían descubierto una especie de argamasa. Mezclaban arena, ceniza y una especie de goma producida por un arbusto. Con ella estaban construyendo un pequeño muro bastante sólido. Jugaban a fabricar una casita más firme que las normales. De pronto, un grupo de adultos se acercaron y derrumbaron la pequeña construcción a patadas, dándoles además una buena reprimenda. Lo que comenzaba como juego, podía desembocar en algo más. Podía llegar a ser fuente de divisiones y conflictos y eso había que cortarlo de raíz.

El rechazo, casi espontáneo, de ciertas costumbres que pueden desembocar más adelante en el estilo occidental de vivir, es una opción por el ser más que por el tener.

8 Cfr. A. KABOU, *Et si L'Afrique refusait le développement?*, París, L'Harmattan, 1991.

9 Testimonio recogido por R. BUREAU, op. cit. p. 148-149.

10 Cfr. *Ibid.*

Las sociedades occidentales disponen de muchas cosas: de la mayor parte de materias primas que les llegan del Sur, de un saber científico-técnico que les permite dominar el mundo. ¿Pero, dónde queda la felicidad de cada día?. En las sociedades del Sur, "marginadas de la lógica de la acumulación, la vida se experimenta sin el soporte de los bienes y el dinero, en contacto con los demás y con el entorno. Los objetivos de conquista y dominación son limitados. Predominan los valores de la vida: el sentido de la vida cotidiana, el goce del instante vivido"¹¹.

La opción por el ser de los africanos surge de la propia experiencia diaria: la vida en Africa no es algo evidente, es un estar colgados de un hilo que puede cortarse en cualquier momento. Lo más importante es sobrevivir. La mayoría de hombres y mujeres de Africa viven constantemente en situaciones extremas. Seguir vivo en Somalia o en Sudan en estos momentos es casi un milagro. Los africanos desean vivir con todas sus fuerzas. Y sin embargo, alguna vez, me han preguntado: "oye, si los africanos sólo comen una comida al día ya deben estar acostumbrados a pasar hambre, ¿no?". Pero, ¿quién puede acostumbrarse a eso?. Resisten, eso sí. Tienen una fortaleza y una capacidad sorprendente de volver a empezar cuando todo se ha derrumbado a su alrededor. Tampoco falta paciencia para soportar lo que sea con tal de salir adelante.

El Norte vería más "lógico" que unas personas que viven entre estrecheces y con una vida tan dura estuvieran tristes o amargados. Pero no, los africanos tienen una alegría de vivir contagiosa. Desde las chabolas de Soweto a las montañas de Eritrea, de las barracas de Dakar a los poblados de Chad resuena la risa y hasta el optimismo. No podemos olvidar que de los 580 millones de africanos, la mitad tienen menos de 16 años. Esta explosión de vida contagia hasta a los ancianos: a la pregunta que dirijo a un abuelo postrado y enfermo a la puerta de su choza por su salud, me responde sonriendo: "m-to maji kare" (estoy bastante bien).

Esta alegría y optimismo contrastan con el estilo de vida que puede ofrecer el Norte: respirar gases contaminados, circular en medio de ruidos que atacan a los nervios, comer alimentos llenos de aditivos y conservantes. Trabajar, (cuando se puede), a un ritmo enloquecido, pasar varias horas en transportes públicos atestados, para acabar por la noche en una ciudad dormitorio, agotados y sin ganas de nada, bien dispuestos a soportar la dosis de somnífero televisivo... ¿Es esta la alternativa maravillosa que proponemos al Sur? No, bien mirado, el Norte no es una tierra de jauja.

3. EL NORTE: FASCINANTE COMO UN FUEGO QUE ATRAE A LAS TERMITAS.

Imaginen por un momento que estamos en cualquier país del Africa subsaharia-

11 J. ZIEGLER, *La victoria de los vencidos*, Barcelona, Ed. B, 1988, p. 12.

na. Estamos en la estación de las lluvias. Durante el día cayó una de esas tormentas tropicales asombrosas. Ahora, de noche, nos reunimos con un grupo de amigos alrededor de un fuego. De pronto, cientos de termitas surgen por todas partes volando hacia el punto luminoso. Es como un "maná" maravilloso. En pocos minutos se quemarán las alas y, casi tostadas, quedarán a punto de ser consumidas por todos. Su sabor es exquisito, muy parecido al de las gambas.

Existe un proverbio en lengua bedjonde que se basa en esta experiencia y que dice: "doew e wa oe a ur poro wa?" (¿Acaso la persona es como una termita para lanzarse al fuego?). Con ello se quiere significar la atracción irresistible que alguien puede sentir hacia algo que, al final, acabará destruyéndolo (pensemos en el alcohol, por ejemplo).

El Norte sería como un fuego y los africanos como termitas. El Norte se convierte así en el punto de referencia al que todo se refiere y al que todos quieren llegar.

Si un africano trabaja bien, se dirá de él que lo hace como un blanco. Las mujeres, en las ciudades, buscan ponerse blancas por medio de cremas y ungüentos. Vestir con corbata, llevar gafas de sol (aunque sea de noche), comprar un reloj o una radio se convierten en una especie de obsesión. Hay que acercarse lo más posible a lo que nos viene del Norte, pues todo lo de allí es sublime. "Nos encontramos en la situación que describe Silvain Bemba en: "Tarantela negra y diablo blanco", Faustino vende su alma con tal de tener la oportunidad de trepar al mástil de cucaña donde hay colgados productos manufacturados. Nadie llega hasta arriba y todos se agotan en el intento"¹².

El poder de atracción del Norte es muy fuerte, hasta el punto de que un profesor de Malí constata entristecido que las aspiraciones de sus alumnos van en una única dirección: imitar a los blancos. Todo se queda en vestir a la moda de París, vivir en chalets de cine o pasearse en cochazos como los que ven en las películas americanas¹³.

Este "deseo de occidente" que experimentan los jóvenes es apoyado por la camerunesa Axelle Kabou. Su opinión es que cuando Japón se abrió al estilo occidental salió ganando sin perder por eso sus propias raíces, y acaba preguntando si África no podría hacer una experiencia parecida¹⁴. No es del mismo parecer Amadou Hampaté Ba que dice: "Algunos creen que evolucionar significa romper con todas sus tradiciones para adoptar el comportamiento de una etnia a la que se admira por esnobismo. Lo que vale para un país templado no puede servir totalmente para un país tropical. Vemos a nuestros niños sudaneses copiar con

torpeza a los árabes o los europeos. La imitación ciega de los demás no nos hace volvernos como ellos, sino que nos hace olvidar quiénes somos. Ya lo dice el proverbio: el trozo de madera por más que flote en el agua no se volverá nunca un cocodrilo"¹⁵.

Es verdad, una imitación ciega del mundo de los blancos puede llevar a los africanos a despreciar su propio mundo y a mirarlo como algo obsoleto y ridículo. Con una actitud semejante se llega a rechazar la propia cultura. Un caso claro de esta forma de actuar fueron los anang de Nigeria. En los años 1936-1937 este pueblo sufrió una serie de calamidades y epidemias. El grupo se dividió en dos tendencias opuestas. Los ancianos optaron por la tradición a ultranza, pensando que si la abandonaban vendrían más problemas y, que además, atraerían la ira de Ata Abassi (Dios). Por el contrario, los jóvenes optaron decididamente por todo lo occidental. Pensaban que todo lo que había ocurrido era fruto de estar anclados en el pasado. Los resultados de esta actitud filo-occidental trajeron unas consecuencias bastante graves. Entre los jóvenes se derrumbó el equilibrio de la sociedad tal y como había sido hasta entonces. Las costumbres se corrompieron, aumentó el escepticismo y la falta de respeto a los ancianos, la delincuencia apareció con especial virulencia...faltó poco para el suicidio social¹⁶. Esta manera acrítica de reaccionar con respecto al Norte es destructora.

La sabiduría de Bedjondo (Chad) lanzaba un interrogante: "doew e wa oe a ur poro wa? (¿acaso la persona es una termita para lanzarse al fuego?). La pregunta es una afirmación en voz baja. Los ancianos de Bedjondo han visto ya a demasiados jóvenes dejar su pueblo con los ojos puestos en Europa como para permitirse ser ingenuos... Ellos, en el fondo, saben muy bien que las personas son como las termitas. Que se lanzan a la aventura aun a riesgo de perderlo todo, hasta la vida... Y todos sabemos que hablo de una experiencia dramática y real: la de los cientos de "espaldas mojadas" que intentan penetrar en nuestro Norte cada día, en nuestro fuego...Un poeta sudafricano lo ha expresado maravillosamente:

"Usted me enseñó que no hace falta
matar el buey negro en favor de mis antepasados
ni llevar su piel
curtida para un "beshu".

Usted, sin embargo, me enseñó
cómo desplumar y desmenuzar
el pavo de Navidad
pues es lo que suelen hacer las personas civilizadas.

12 A. TEVOEDJRE, *La povertà ricchezza dei popoli*, Bolonia, EMI, 1979, p.55.

13 Cfr. T. DIAKITE, *L'Afrique malade d'elle meme*, París, Khartala, 1986, pp. 121-122.

14 A. KABOU, op.cit. pp.169-179.

15 A. HAMPATE BA, *Vie et enseignement de Tierno Bokar Le sage de Bandiagara*, Paris, Seuil, 1980, pp.185-186.

16 Cfr. para todo esto V. LANTERNARI, op.cit. pp.174-175.

Usted me enseñó que las personas que llevan el "beshu" son unos bárbaros y que los que se untan la cara de ocre son unos salvajes.

Seguí a pie juntillas su paternal consejo. Cambié mis pieles por un traje de Savile Row. Borré el ocre del rostro de mi esposa y le di a cambio los productos Helene Rubinstein.

Luego, nos fuimos a donde van las personas civilizadas.

y de allí nos expulsaron"¹⁷.

SEGUNDA PARTE

Nos hemos acercado a esa "otra mirada" que nos llega de África. Ahora sería cuestión de hablar de cómo es la situación del continente negro y descubrir de qué forma occidente sigue influyendo en estos pueblos. Antes de entrar en materia, me parece importante resaltar algunas cosas.

1. ¿ÁFRICA? NO, GRACIAS...

África no es muy conocida en España. Cuando se habla de ella se hace poco y de forma simplista. Identificamos a este continente con calamidades, guerras, miseria y todo lo peor que podamos imaginar. Nos pasa algo parecido a lo que comentaba el periodista estadounidense David Lamb: "pregunte usted a un norteamericano las cosas con las que identifica, y la respuesta será probablemente: selva, calor y leones. Sin embargo, la selva es tan poco común como la nieve en el sur de California, el calor no es más intolerable que un día de verano en Washington, y los leones son tan pocos que la mayor parte de los africanos no han visto uno en su vida".

África es un continente difícil de entender y al que se accede con dificultad. Eso se debe a que hay pocas fuentes de información directas, poca documentación, poquísimos libros traducidos, poquísimas relaciones diplomáticas (¡sólo 9 embajadas de 52 países!) y casi ninguna comunicación entre España y el África subsaha-

riana... Todo esto se explica por la escasa presencia colonial de nuestro país en el continente, que ha dado como fruto la poca repercusión política o económica en la actualidad. Además, deseamos tan intensamente "ser europeos" que nos resistimos a aproximarnos a África.

Ningún continente ha sido más malentendido y malinterpretado como África. No debemos olvidar que los 580 millones de africanos pertenecen a unas 2000 tribus distintas. No hay pues "una" manera de ser africano, sino, por lo menos, 2000... Además, hay que tener en cuenta que esta infinidad de pueblos se encuentran hoy bajo el signo de unos cambios muy profundos y rápidos (provocados en gran medida por la influencia de occidente, como veremos), lo que permite que aparezcan unos contrastes y contradicciones terribles.

Hay que evitar comparar culturas diferentes, sobre todo cuando se pretende poner a unos culturas por encima de las otras (Estados Unidos y los bosquimanos, por ejemplo), una cultura no es "mejor" porque tenga más posibilidades técnicas, sino por su posibilidad de generar un tipo de vida cada vez más humana.

Los europeos tenemos la tendencia a creer que sólo las culturas escritas merecen el nombre de cultura. Las culturas africanas no por ser orales son menos culturas. Tengamos en cuenta que en África las palabras habladas no se las lleva el viento, sino que permanecen en la memoria colectiva y que una palabra pesa más que mil imágenes¹⁸. Ciertos valores que en el Norte son fundamentales, en África pueden tener poco valor: la puntualidad, la intimidad, la rapidez... Mientras que en África, algunas actitudes nuestras pueden aparecer como escandalosas, como las faltas de hospitalidad.

Cuanto más tiempo se vive en África, más se convierte ésta en un misterio insondable. Los africanos, a los que se presenta a menudo como el prototipo de la espontaneidad, no revelan fácilmente sus sentimientos profundos al primero que se les acerca; y ante las preguntas curiosas del occidental, suelen responder, a modo de defensa, con lo que piensan que el europeo quiere oír.

Digamos para acabar con estas premisas que a pesar del desinterés o desconocimiento del mundo africano por nuestra parte, nos imponemos en todos los órdenes de la vida: en el político, en el económico y el cultural. Los africanos se ven obligados, casi siempre, a aceptar una solución a sus problemas que les venga de occidente y que, además, se trata de chismes aceptados en otras partes del mundo. El antropólogo Claude Lévy-Strauss habló de "degeneración": la civilización técnica creada por occidente ha degenerado en una occidentalización de los seres humanos. Ya sea que un africano utilice un coche, una bomba de agua, oiga la radio o se sirva de un periódico, estará usando en todos los casos soluciones técnicas que tienen una

17 Oswald MTSHALI, Back to the bush, en Vivant Univers, N° 399-400, Mai-Aout, 1992, 50.

18 Cfr A.HAMPATE BA, Culture e civilizzazione africana, EMI, Bologna, 1978.

relación con su identidad cultural muy lejana. Pero la influencia del Norte no se queda en sus "chismes técnicos", está presente en todas partes y de múltiples maneras. Eso está provocando unos cambios difíciles de parar en el África de hoy.

2. INFLUENCIA EN LA VIDA POLITICA AFRICANA

Si todo parece complicado en África, la política también lo es. Los regímenes de partido único, los frecuentes golpes de Estado, los conflictos bélicos, la corrupción... forman una amalgama difícil de entender para un europeo, siempre inclinado a explicar estos fenómenos demasiado a la ligera.

Llama la atención los 26 Estados africanos con un militar a la cabeza. De estos 26, 21 han accedido al poder por un golpe de Estado. En no pocos casos, el golpe triunfa gracias al apoyo eficaz de algún país del Norte. El ejemplo más claro es el de Francia, que dispone de tropas de intervención en Senegal, Costa de Marfil, Gabón, Yibuti, Chad y República Centroafricana. En cualquier momento pueden llegar al punto más insospechado para defender o atacar (según decidan en París) al jerifalte de turno.

Asimismo, existen 30 regímenes de partido único. Robert Mugabe, presidente de Zimbabue, justifica así la existencia de este sistema de gobierno: "Somos un pueblo, tenemos una única bandera y compartimos una sola identidad nacional. ¿Por qué no tener un partido único?". Europeos muy dignos, que son ardientes defensores del pluralismo político aquí en el Norte, no piensan lo mismo para el Sur: Luis Yañez afirmó en cierta ocasión que creía impensable una democracia para Guinea Ecuatorial. Y el francés Jacques Chirac, como un eco, ha dicho que la democracia es un lujo que África no se puede permitir...

Los autores del "invento" suelen argumentar que el partido único ofrece la ventaja de aglutinar la población, evitando el tribalismo, sobre todo en los momentos en los que la nación debe concentrar sus fuerzas en el desarrollo. Sin embargo, es sabido que este método de gobierno es un camino rápido y fácil para enriquecer al que está en el poder y a los de su etnia, en detrimento de la mayoría de la población. A pesar de todo, en Europa se suele decir que el pluripartidismo es un sistema importado y que el partido único va más acorde con el carácter africano. Todo este tipo de argumentación es, cuando menos, muy discutible. Desde los Ibos de Nigeria a los Kikuyu de Kenia, pasando por los Xhosas de suráfrica, es frecuente encontrar sistemas de sociedades descentralizadas. En la actualidad los sistemas de partidos únicos se encuentran, afortunadamente, en una crisis muy profunda, baste pensar en los casos de Zaire, Chad, Malawi, etc.

Otro de los fenómenos que se repiten en África es el de la inestabilidad política. Esta encuentra su causa en el hecho de que estos países se están haciendo a marchas forzadas. Un rasgo que conviene tener en cuenta es el siguiente: los europeos

gobernaron África como si el colonialismo estuviera destinado a ser eterno. Fue únicamente durante los últimos años cuando las potencias europeas empezaron a dar pasos algo serios para preparar a sus colonias a la independencia. Los nuevos países heredaron economías e infraestructuras gubernamentales designadas para satisfacer las necesidades de las sociedades occidentales. En general, el colonialismo no preparó cuadros suficientes para asegurar una independencia estable, y a ésta se llegó de manera improvisada. Baste pensar que en el momento de su independencia, Zaire contaba sólo con 15 graduados universitarios...

Además, la mayoría de los países africanos accedieron a la independencia en un mal momento: los años sesenta. Estos años eran de prosperidad para Europa y los nuevos países no podían competir con un mínimo de posibilidades de éxito. Por otra parte, los países del Norte habían designado unos sistemas económicos mono-productivos, que dejaron a los países africanos en situación de clara desventaja: se hace depender a un país de un sólo producto, cacao en Ghana, cacahuete en Senegal, tabaco en Malawi, algodón en Chad... y se decide desde fuera el precio, lo cual es — en síntesis — la esencia del colonialismo. No debe extrañarnos pues, que de aquellos polvos, surjan ahora estos lodos.

En la actualidad, la nueva situación mundial provocada por la caída de los regímenes comunistas del Este de Europa está influyendo en el rumbo político de los países africanos. El arzobispo anglicano de Kenia, Timothy Njoya, ha dicho que los líderes africanos no tienen más remedio que reconsiderar el sistema de partido único a la luz de los acontecimientos acaecidos en la Europa del Este, donde el sistema fue manufacturado e importado a África por nacionalistas como Kwane Nkrumah, Julius Nyerere o Modibo Keita. De hecho, el ejemplo va cundiendo ya en Angola, Mozambique, Benin y Congo. Es lo que alguien ha llamado "la primavera africana"¹⁹. Se empieza a notar un cambio hacia la democracia en muchos países. Algunos dirigentes ya han organizado elecciones pluripartidistas; otros empiezan a reconocer oficialmente a los partidos de la oposición y a preparar un proceso que desembocará en elecciones libres. Hay, sin embargo, algunos países donde todavía no se cuestiona el cambio, como en Malawi y Tanzania. En otros (Etiopía, Somalia, Sudán, Chad, Uganda, Liberia, Sierra Leona, Mozambique) las guerras civiles o los fuertes conflictos internos hacen que la democracia aparezca todavía como una posibilidad remota.

No les será fácil a los pueblos africanos gozar de las mismas libertades que los ciudadanos del Norte. Porque, dice René Dumont, nuestra situación a escala mundial recuerda a la democracia ateniense, que para existir necesitaba tener más esclavos que hombres libres²⁰. No obstante, el viento democratizador que sacude a África nos llena de esperanza.

19 G.GONZALEZ CALVO, Primavera africana. La gran marcha hacia la democracia, Mundo Negro, nº 351, Marzo, 1992, 34-41; Cfr. También el sugerente estudio R. DUMONT, *Democratie pour l'Afrique*, Paris, Seuil, 1991.

20 Cfr. R.DUMONT, op. cit. pp 235-237.

3. INFLUENCIA EN LA SITUACION ECONOMICA AFRICANA.

Si la situación política, a pesar de sus rasgos predominantemente negativos, permite ver algún atisbo de esperanza para el futuro, la crisis económica es inimaginable.

Todos los países del continente negro sólo representan hoy el 1,3% en el volumen del comercio mundial. Un experto escribió en el periódico "Le Monde": "Económicamente hablando, si el continente entero — con excepción de Sudáfrica — desapareciera bajo las aguas, el impacto global de la catástrofe sería casi nulo".

Los capitales privados occidentales desertan de Africa y se repliegan hacia el Este de Europa, donde esperan encontrarse con un tipo de consumidor más asequible. Además las materias primas, por las que subsisten casi todos los países africanos, ya no son necesarias para el Norte, que prefiere los productos sintéticos, más baratos. Por si ésto fuera poco, el hundimiento de los precios de éstas materias primas ha sido desastroso para Africa. Hoy el producto interior bruto (PIB) de toda Africa negra es de 150.000 millones de dólares (unos 15 billones de pts) el mismo de la pequeña Bélgica, que sólo tiene diez millones de habitantes frente a los 450 del Africa subsahariana²¹.

El peso de la deuda externa impide cualquier cambio serio hacia el desarrollo. El total de la deuda externa africana es de unos 22 billones de pts, igual que su producto nacional bruto (una proporción que es casi el doble de la deuda de América Latina, por comparar con una parte del Sur que nos es más conocida), y supone 4 veces el valor de sus exportaciones. No se puede desarrollar un país cuando el 70% de su producción anual se dedica a pagar los intereses de la deuda externa a los países más ricos del Norte. No tiene pues nada de extraño que de los 20 países más pobres del mundo, 14 sean del Africa subsahariana (Etiopía, Chad, Zaire, Malawi, Mozambique, Tanzania, Burkina Faso, Madagascar, Malí, Burundi, Zambia, Níger, Uganda y Togo).

Para completar la imagen, a éstos problemas económicos estructurales habría que añadir otro tipo de problemas. Son los que se han venido a llamar "La bancarrota ambiental"²².

Alrededor de 650 kilómetros cuadrados de tierra cultivable en el sur del Sahara se han convertido en desierto los últimos 50 años. Más de 10 millones de personas se han visto obligadas a emigrar como consecuencia de ésta desertización que no hace más que avanzar: cada año desaparecen del continente entre 6 y 10 millones

21 Cfr. *Ibid.* p. 337.

22 LL. TIMBERLAKE, *Africa en crisis. Las causas, los remedios de la bancarrota ambiental*, Madrid, Cruz Roja, 1987.

de hectáreas de bosque. Para los países que poseen pocos recursos naturales y pocas posibilidades industriales las exportaciones madereras son esenciales. El ritmo de explotación es tal que en algunos lugares se pueden agotar los bosques en los próximos once años²³. Pueblos enteros, como los pigmeos, están en fase de extinción como consecuencia de la destrucción sistemática a que se somete la selva, su "habitat" natural. Pero, a diferencia de los indios de Amazonía, no se hacen campañas internacionales de solidaridad en su favor...

Dentro de este desastre ecológico, hay que recordar que Africa se está convirtiendo en basurero de la humanidad. Multitud de compañías del Norte encuentran en éste continente el lugar ideal para verter sus residuos tóxicos a precios muy módicos.

Africa sirvió de almacén de mano de obra gratuita con la esclavitud, mientras Europa fue una sociedad que acumulaba riqueza mediante la explotación agrícola. Cuando se dió el salto hacia la industrialización, empezó a sobrar tanta mano de obra, y se buscaron, preferentemente, las materias primas. Esta es una de las razones principales del abandono oficial de la esclavitud en el siglo XIX para comenzar el colonialismo. De este modo, cambia el sistema de explotación. Al promover por la fuerza los monocultivos, la producción local de alimentos se resintió. Se construyó una red de explotación que después de las independencias no ha hecho más que agrandarse. De hecho, la producción alimentaria de Africa descenderá a finales de siglo por debajo de los 100 kilos por habitante, cuando la necesidad individual no puede bajar más allá de los 145 kilos.

Es importante, creo, recalcar estos datos en una época en que nuestra Europa parece sumida en una siesta narcisista, que se ha acentuado desde el desmoronamiento de la Europa del Este. Ahora nos creemos el ombligo del mundo y nos solemos tener por "los buenos de la película". Ciertamente, no se pueden simplificar demasiado las cosas y decir que los occidentales tenemos "toda" la culpa de los males que aquejan el continente africano, pero sí es justo recordar nuestra historia reciente y los mecanismos de explotación que el Norte ejerce sobre el Sur. Ignacio Ellacuría solía decir que para comprender bien a nuestra sociedad occidental había que mirar lo que él llamaba la trastienda de este Norte opulento, la otra cara de la moneda... porque es sobre todo en el Sur donde aparecen con mayor evidencia las contradicciones de nuestro sistema económico que genera una desigualdad cada vez más grande. Si nos hemos acercado a Africa para describir algunos aspectos de su economía desastrosa es, sin duda, porque éso hace sufrir a personas muy concretas y ello debería ser un motivo más que suficiente para no sentirnos demasiado orgullosos de nuestro mundo tal como funciona²⁴.

23 *Ibid.* p.134.

24 Cfr. M.BEDJAOU, *Hacia un nuevo Orden Económico Internacional*, Salamanca, Unesco-Sigueme, 1979.

4. INFLUENCIA EN UNAS CULTURAS QUE CAMBIAN

Pocas cosas hay que faciliten más la comprensión de las culturas africanas como la experiencia de la debilidad. El panorama que estamos trazando es una prueba más de lo débil que es la existencia diaria de los africanos.

Uno de los elementos más decisivos a la hora de moldear el carácter de los africanos es la salud, o mejor dicho, la falta de salud. A partir de ésta experiencia, de la enfermedad como amenaza, se explican ciertos rasgos de los africanos, como el fatalismo, el temor al mañana, etc. Sin embargo, también son como ya vimos, personas extraordinariamente vitalistas y con una enorme capacidad de sacarle jugo a la vida y disfrutarla, tal vez porque la experimentan como algo que se les puede acabar en cualquier momento. De aquí podemos entresacar dos elementos básicos para entender las culturas africanas: La poca importancia del futuro, y la primacía del grupo sobre el individuo. El poco peso del futuro en la vida de la gente puede ayudar a comprender lo que a los europeos nos fascina: esa capacidad de vivir al día, con calma, o esa falta de previsión. El otro aspecto también se explica: En un contexto duro y difícil, la persona aislada lleva todas las de perder. Los pescadores de Salamanza (Cabo Verde) viven una solidaridad de grupo extraordinaria. ¿Por qué?. Pues porque la muerte de un padre en alta mar condenaría a toda la familia al hambre y a la muerte.

A esta experiencia de debilidad hay que añadir los cambios profundos y acelerados que sufren las culturas africanas influenciadas por el estilo occidental. Según John Mbiti²⁵ los cambios modernos han puesto a muchos africanos ante situaciones completamente desconocidas en el pasado.

Muchos africanos creen que, en el momento de nacer, el niño tiene dos cordones umbilicales: uno es el que se le corta formándose el ombligo, y el otro, invisible, no se corta jamás, pues es el que nos une a la tierra donde se nace, la misma tierra de los antepasados. Conociendo esta creencia, podemos entender algo más, el drama que supone a muchos el hecho de abandonar su tierra para ir a trabajar a la ciudad, a las minas o a la fábrica. Es como intentar vivir sin base que sostenga (base afectiva, espiritual). No es extraño que poco a poco, estos africanos acaben deshumanizándose.

Un breve repaso a la literatura africana contemporánea nos muestra que éste es uno de los temas en el que más abundan los escritores africanos con títulos tan expresivos como "Ciudad cruel", "Entre dos mundos", "Aventura ambigua", "El origen calcinado"...²⁶

25 Cfr. J.MBITI, *Entre Dios y el Tiempo. Religiones tradicionales africanas*, Madrid, Mundo Negro, 1991, pp.287-303.

26 M. BETI, "Ville cruelle", Paris, *Presence africaine*, 1954. CH.A.KANE, *L'Aventure ambigue*, Paris, 10/18, 1972. D.OUSSOU-ESSUI, *La souche claciné*. Yaoundé, Clé, 1973.

En estos relatos se nos muestran situaciones de personas que viven desgarradas entre dos medias culturas que no acaban de formar una sola realidad, y que a menudo se van de una a otra con sorprendente facilidad.

Probablemente, la familia tradicional es la parte más afectada de la vida africana, que cambia a pasos agigantados²⁷. La unidad familiar se debilita. Las jóvenes generaciones desafían la autoridad de los mayores, que ya no suelen tener respuestas a las nuevas preguntas. La educación de los hijos tiene lugar lejos del hogar, en la escuela calcada según el estilo europeo. Se reemplazan las enseñanzas iniciáticas, que preparaban a vivir responsablemente en la sociedad, por libros que enseñan al joven más sobre Europa o Estados Unidos, que sobre la realidad de su propio pueblo o país.

Los matrimonios empiezan a constituir el asunto entre dos personas y no entre dos familias. Se tiende a escoger libremente al futuro cónyuge, dejando a los padres, tíos y hermanos de lado. Crece la inestabilidad de las parejas, al no ser ayudadas, como antes, por esa gran familia que velaba por la buena relación entre los esposos. Aumenta el concubinato, especialmente en las ciudades. Muchos hombres tienen una mujer en el poblado y una (o varias) en la ciudad donde trabajan. Los hijos crecen sin la presencia del padre en casa y la madre intenta suplir esas carencias. Carencias que no sólo se sitúan a niveles psicológicos, sino que también trastocan los fundamentos religiosos: el padre, según la tradición, era un "sacerdote" que servía de punto de referencia entre los antepasados y los miembros vivos de la familia, si falta el padre el acceso a los antepasados es más difícil...

La mujer, según la tradición, nacía para trabajar y para obedecer al hombre. Hoy son cada vez más las mujeres que no se callan ni bajan la cabeza, las que tienen un trabajo y desean una cierta independencia²⁸. Naturalmente, todo esto trae consigo unas tensiones en la sociedad africana fáciles de adivinar.

El Norte influye de manera determinante en las ciudades. Pero si tenemos en cuenta que es en las ciudades donde se deciden los destinos de todo el país, podemos decir que las ciudades marcan el ritmo que bailan luego todos, incluidos los campesinos²⁹. La vida en la ciudad intenta reproducir el estilo del Norte sin remilgos: invita a afirmarse como individuo, acrecienta el deseo de triunfar, de competir y de ganar dinero. Aumenta el aislamiento y la soledad de los que viven en ella y prepara los posibles desequilibrios que se dan a nivel afectivo, psicológico, etc. A medida que se abandona el modo de vivir rural, se descuidan aquellos valores de solidaridad y ayuda que le eran habituales.

Los influyentes que viven en las ciudades (políticos, comerciantes, cuadros,

27 Cfr. para este asunto L.V. THOMAS et R.LUNEAU, op.cit.pp.271-277.

28 Resulta sugerente leer R. DENIEL, *Femmes des villes africaines*, Abidjan, INADES, 1985.

29 Cfr. J.M.ELA, *La ville en Afrique noire*, Paris, Khartala, 1983.

intelectuales, etc.) viven cada vez más de espaldas a la realidad cultural de sus pueblos y volcados hacia el exterior, hacia occidente. Ya no comen mandioca, mijo o cacahuete, tampoco beben leche de las vacas del país o cerveza local o vino de palma; ellos comen en los Mc Donalds, o beben leche en polvo Nido (Nestlé) o bien Coca Cola...

Las ciudades, a pesar de sus dificultades, ofrecen dos ventajas que atraen a los africanos: la posibilidad de una vida más independiente, lejos de la gran familia que intentará parasitarle y vivir a costa de los que triunfan en la ciudad; y la otra ventaja es la de vivir con la ilusión de "pescar el pez gordo" algún día, de salir de la pobreza en cuestión de horas con algún golpe de suerte.

Dice un proverbio del norte de Uganda que "el agua del río nunca retrocede". Los africanos lo saben perfectamente. Sin embargo, ante una situación tan complicada y, en ocasiones, tan dramática, como la provocada por la irrupción del modelo occidental, a veces sienten la tentación de volver "a lo de antes". Tras treinta años de independencia, los africanos no viven mejor que antes, se sienten decepcionados de sus dirigentes y de sus vanas promesas, pues, al final, se comportaron como un blanco... Y si no véase cómo Mobutu, presidente de Zaire, explota a sus paisanos para crearse su propia fortuna personal, como lo reconoció cínicamente en una entrevista: "mentiría si dijese que no poseo una cuenta corriente en Europa. Mentiría igualmente si dijera que esa cuenta no está bien repleta. De hecho lo está. Sí, tengo mucho dinero. Según mis estimaciones, menos de 15.000 millones de francos CFA"³⁰.

Los africanos se sienten engañados, pues descubren que, al final, la educación en las escuelas no es la llave mágica para obtener un buen empleo, que la medicina venida de Europa no puede casi nada ante enfermedades como el SIDA, la malaria o el cáncer... Surge entonces la tentación de buscar en el pasado lo que el presente no acaba de solucionar. El camerunés J.B. Fotso Djemo afirma que la forma de defenderse ante el malvivir provocado por la modernización acelerada es volver al refugio de lo ya conocido, a la roca inamovible de la tradición³¹. Un pensador de la categoría de Amadou Hampaté Ba señalaba que la tradición debe ser ese punto lo suficientemente sólido, en las personas y en los pueblos, que les permita volver sobre sus pasos y partir de nuevo en caso de choque, de caída o de error³².

Así, no debe extrañarnos que la moda de consultar a los adivinos y curanderos tradicionales esté hoy más en boga que nunca, en los pueblos como en las ciudades, pues la tentación no es sólo de los campesinos, sino de los profesores, industriales y cualquier africano que no haga pie en la tormenta.

30 MOBUTU, Entrevista, en Jeune Afrique, n° 47, Avril, 1988.

31 J.B.FOTSO DJEMO, Le regard de l'autre. Médecine traditionnelle africaine, Paris, Silex, 1982, p.89.

32 A.HAMPATÉ BA, Vie et enseignement... p. 186.

5. ACOGER AL SUR PARA VIVIR

El impacto del Norte sigue siendo considerable y la atracción por lo superfluo irresistible. Por éso creo que una buena manera de ayudar a los que viven en el Sur es intentando cambiar nosotros, los del Norte.

Nuestra sociedad de consumo supone tal despilfarro que no puede proponerse como modelo para todos. Lo que llamamos prosperidad y bienestar va a dejar a las generaciones venideras un mundo inhabitable. Nuestro planeta no será capaz de soportar por mucho tiempo la actividad incontrolada de nuestra sociedad occidental que agota los escasos recursos no renovables de la tierra y que, además, destruye el equilibrio ecológico del mundo donde vivimos todos: Los del Norte y los del Sur.

Podemos ganar mucho si sabemos desprendernos de lo que llamamos nuestras "riquezas". Riquezas que pueden constituir un auténtico peligro para ellos como para nosotros.

El primer paso para cambiar sería, quizás, acoger el clamor que nos llega desde el Sur³³. Reconocer que lo que pasa en Africa no es casual ni fruto de la mala suerte, sino consecuencia de un sistema inhumano. A nuestra sociedad de la abundancia el Sur le recuerda que la mayoría de los hombres no tienen ni lo más elemental para sobrevivir. A nuestro Norte que busca compulsivamente el lujo y acumular, le recuerda el sentido de la justicia y el compartir. A nuestro occidente que cierra los ojos y no desea saber lo que ocurre más allá de sus fronteras, el Sur le ayuda a recobrar la conciencia de que somos una sola "familia humana" en la que todos estamos esencialmente relacionados. A partir de esta experiencia, los problemas de los africanos serán también problemas nuestros, porque el futuro (el suyo y el nuestro) será, nos guste o no, el mismo. Lo dice con más arte el escritor senegalés Cheik Hamidou Kane:

"Cada hora que pasa
trae un suplemento de ignición
al crisol donde se funde el mundo.
No hemos tenido el mismo pasado, ustedes y nosotros,
pero tendremos el mismo porvenir
rigurosamente"³⁴

Enrique Javier Rosich.
Misionero Comboniano en el Chad.

33 Cfr. V. CODINA, Acollir o refusar el clam dels explotats, Cristianisme i Justícia, n° 23, Barcelona, 1988.

34 Ch.H.KANE, L'Aventure ambigue, Paris, 10/18, 1972. raz reis.